

**REVISTAS CULTURALES
MADRILEÑAS
DE LOS AÑOS 1980 Y 1990**

adrigallero@gmail.com

Colección: Bibliografía: Reseñas, Galeatus
Fecha de Publicación: 08/05/2016 y 4/06/2016
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Con motivo del encuentro celebrado por la Revista *Istmos* el 2 de abril de 2016 en Vaciador34 (Carabanchel), se realizó una pequeña muestra de revistas culturales madrileñas de los años 1980 y 1990, acompañada de testimonios de algunos partícipes. Sirva esta fotocopia como recuerdo.

Fue Adrián Gallero y sus jóvenes amigos de la revista *Istmos* los que organizaron esta fiesta en uno de estos locales culturales autogestionados que proliferan por la ciudad de manera más o menos espontánea y que abren cauces expresivos indispensables para no morir de aburrimiento o de asco ante el encorsetamiento institucional de la cultura que disfrutamos y sufrimos, en la mayoría de las ocasiones; en esta ocasión la fiesta fue en Carabanchel, en *Vaciador34*, un sábado, como dice el encabezamiento de este breve y sugestivo informe sobre una parte de aquella prensa revisteril más o menos periódica y de alta, media y baja cultura más o menos culta y más o menos popular...

Como resumió uno de los jóvenes organizadores: “el evento del sábado fue un éxito. Mucha gente y mucho tiempo para reír, conversar y también para bailar...”

Sirva este informe como felicitación a estos chicos desde el Archivo de la Frontera, que ya saben que tienen a su entera disposición, como gente de frontera que ellos mismos, por necesidades y naturaleza, ya son.



Con motivo del encuentro celebrado por la Revista *Istmos* el 2 de abril de 2016 en Vaciedad³⁴ (Carabanchel), se realizó una pequeña muestra de revistas culturales madrileñas de los años 1980 y 1990, acompañada de testimonios de algunos partícipes. Sirva esta fotocopia como recuerdo.

Poesía (1977-2006). Cuando se juntan el hambre y las ganas de comer pasa lo que pasa. Y lo que pasa pasó. Vaya si pasó. Me estoy refiriendo al singular proyecto poético que se puso en papel, negro sobre blanco, por culpa del empeño de Gonzalo Armero Alcántara, un *amateur*, como él mismo se definía, absolutamente *fou*. Desde luego que los tiempos que corrían por aquel entonces —estamos en 1978 cuando se inicia esta maravillosa aventura— que duda cabe que fueron los más libres, los más abiertos y los más divertidos y también los más fructíferos si hablamos de cultura en el sentido amplio de la palabra. Para este proyecto Gonzalo escogió al diseñador gráfico más heterodoxo del momento, Diego Lara, y juntos fabricaron esta revista que hoy se considera mítica. Es verdad que contaron con el apoyo de la Dirección General de Difusión Cultural de un Ministerio de Cultura que por aquel entonces no pedía el carnet de partido para sacar adelante este tipo de publicaciones. También es verdad que hubo «intermediarios» que facilitaron mucho las cosas: Antonio Fernández Alba, Joaquín Puig, Santiago Amón y José Miguel Ullán, por nombrar algunos. Juntar a Sánchez Ferlosio con Kurt Schwitters, a Paul Celan con Palazuelo, a Juan Larrea con Paco Nieva, a Eadweard Muybridge con Eduardo Chicharro, a Francis Picabia con Ernesto Giménez Caballero, a Henri Michaux con Rafael Cansinos, a Casto Fernández-

Shaw con Hugo von Hofmannsthal, a Federico García Lorca con Ramón Gómez de la Serna, a Edward Lear (en una traducción inolvidable de Leopoldo María Panero) con unos poemas de Faulkner traducidos por Javier Marías, o a Blaise Cendrars con José Lezama Lima, etc. etc., da una idea de la amplitud de miras con la que se trabajaba en aquellos tiempos. En esta nota apresurada y brevísima que me solicita Adrián Gallero estos son mis primeros recuerdos de aquellas ediciones que conservo con cariño y devoción. Y por supuesto este recuerdo lo hago extensible a mis amigos Gonzalo y Diego, ambos prematuramente desaparecidos, con quienes compartí ilusiones y muchas cosas más. **Mauricio d'Ors**

◆◆◆

La Luna de Madrid (1983-1988). Cuando trabajaba en *La Luna* yo vivía, por decirlo así, en su cara oculta, en sus antípodas. En muchos aspectos, amaba lo que la revista combatía: los cantautores, tomarse la cosas en serio, la política... Pero aún amaba más la vida y la novedad. Por eso me sumé al proyecto, porque tuve claro que era lo que me correspondía generacionalmente, como alistarse cuando eres joven y tu país entra en guerra —no importa contra quién—. Si *La Luna* sirvió para algo fue para pasar una página del libro de piedra en que se escribía la cultura aquellos años. Y para matricularnos en un curso urgente de modernización. Aprendimos de todo y superficialmente, es decir, a la española. Yo aprobé por los pelos. **José María Parreño**

◆◆◆

Madrid me mata (1984-85). *Madrid Me Mata* fue una revista

horizontal creada en 1984 por la generación de los años 1970 para cortarse las greñas e ir de new wave madrileños castizos sin llegar a posmodernos, que para eso ya estaba *La Luna de Madrid*, que había salido unos meses antes. Fue como un fanzine paramunicipal que mezcló el magazine británico *i-D* con la revista española *La Codorniz*.

Miguel Trillo

◇◇◇

Buades (1984-1987). Para hacer una revista no hacía falta más que una mesa. Así, Diego Lara hacía a mano Buades en una mesa con unos cuantos lápices, unas tijeras, algunos tubos de pegamento, una regla y una fotocopidora. Para las ilustraciones no usaba ni bancos de imágenes, ni archivos de agencias fotográficas, tenía más que bastante con la biblioteca de Javier Campano y las estampas que le llevábamos los colaboradores más disciplinados. Cuando consideraba que el collage de la maqueta era más o menos definitivo, mandaba el montón de fotocopias y galeradas a la imprenta, y allí, una vez superado el recelo que siempre producían las cosas de Lara, componían los pliegos. Luego se cosían y cortaban los mil ejemplares del número 1, los dos mil de los siguientes, los cinco mil de los últimos, los de la tercera época, distinta de la segunda porque la revista se vendía en vez de mantenerse con publicidad como antes, lo que tuvo el nefasto efecto de acabar con su precaria existencia. Gratis, *Buades* funcionaba mal que bien, pero cobrando no había manera. **Horacio Fernández** («La revista Buades», *Galería Buades: 30 años de arte contemporáneo*, Patio Herrero, 2008)

◇◇◇

Amén (1984-1999). Con ese nombre tan aparentemente religioso y que nada tiene que ver con la religiosidad de sus fundadores —creo que lo decidieron tras una conversación telefónica en los tiempos de las cabinas—, nació en 1984 la revista *Amén*. Sus creadores fueron Manuel Iborra, Tomás Cuesta y José Luis Gallero, tres entusiastas de la poesía, a la par que poetas. Intuyo que su voluntad era editar una revista esencial, despojada de cualquier andamiaje que apuntalara el poema fuera del valor del texto mismo y su immanencia. Muchos de los rasgos de *Amén* respondían a ese criterio, empezando por su carácter artesanal: su formato era un cuadernillo simple tamaño folio de entre 20 y 30 páginas y sin más ilustraciones que dos fotografías de autor, una que ocupaba la portada y la otra las dos páginas centrales. Los poemas, generalmente uno por página, no acreditaban el nombre del autor salvo en una página inicial de créditos, por lo que cada número se leía como una sucesión de textos donde lo importante eran estos y la secuencia que establecían. Lograr esa constelación de individualidades —así como encargarse de la mayor parte del trabajo editorial— era labor de José Luis Gallero. Los poemas y su ordenación constituían la savia de la revista, acompañados solo por las dos imágenes —que funcionaban casi como una parte de la secuencia— y el mencionado índice de autores. Al relegar la autoría frente a la secuencia anónima de textos, *Amén* era una sólida confirmación de que el poema, citando a Seamus Heaney (al que se publicó en varios números), «es un absoluto artístico» y, o bien se sostiene por sí mismo, enraizado en la excelencia y la lucidez de su uso de la palabra, o es

un ejercicio fallido. Más que una revista de poesía se trataba de una revista de poemas, donde se publicaron en franca camaradería textos de autores de gran renombre con absolutos desconocidos en el mundo de las letras, que hacían lo suyo por continuar de incógnito. Incluía también una buena ración de poesía extranjera, alentada por la labor de tenaces traductores. Recuerdo poemas de Laurie Anderson en traducción de Alberto Manzano, de Paco Cueto, del propio Gallero, de Pedro Casariego, de Marta Cano, de Gary Snyder, de Eduardo Scala, de Clara Janés (y sus traducciones), de Bernard Plossu (poemas, no fotos), de Miguel Ángel Bernat, de Luis Alberto de Cuenca, de Valenti Puig, de Pilar González España... y de tantos otros. Sin periodicidad fija y en edición no venal —se repartía sin coste entre autores y un amplio círculo de allegados— constituyó durante quince años un vínculo irreductible de poesía y amistad para muchos de nosotros. **Nacho Fernández R.**

◆◆◆

El Paseante (1985-1998). En diciembre de 1985, apareció el primer número de *El Paseante*, revista interdisciplinar de cultura que, bajo la óptica amplia y libre del voyeur urbano, ofreció una amplia muestra de las ideas culturales y estéticas más importantes de los años 1980. Su último número se publicó en 1998. **Wikipedia**

◆◆◆

Sur Exprés (1986-1988). La revista *Sur Exprés* la iniciamos en 1986 una parte del equipo que acababa de abandonar *La Luna de Madrid*, con la intención de superar la mirada hacia lo local que había

sido el motor de la *Movida*, y ampliar el objetivo para contrastarlo con el arte y las ideas del momento internacional. Se diseñó en formato magazine con papel de calidad para la reproducción fotográfica y buena legibilidad para incluir textos largos, con periodicidad mensual. Alrededor de la revista se reunió un grupo editor que incluyó a José Luis Brea, Laura García Lorca, Carlos García Calvo, Ciuco Gutiérrez, Alberto García-Alix, José Luis Gallero y José Miguel Ullán, entre otros. Eran años en los que la clase política y económica entraba en la primera fase de lo que se llamó «el pelotazo» económico, y pronto los productos culturales comerciales y el consumo de lo convencional cambiaron la orientación de las tendencias principales. Se publicó un número cero y doce números que no consiguieron ser del todo mensuales. A finales del año 1988, se cerró el proyecto y parte de los reunidos crearon la revista *Arena Internacional del Arte*. **Borja Casani**

◆◆◆

El Europeo (1988-1991). Yo llegué a *El Europeo* porque no me alcanzaba el sueldo para pagar los estudios de mis hijos. Estaba traduciendo *La hoguera de las vanidades*, de Tom Wolfe, y además trabajaba en la editorial Anagrama, donde llevaba prensa y cincuenta mil cosas más. Cuando llegué a *El Europeo*, la verdad es que no sabía muy bien dónde me estaba metiendo. Se me habían olvidado la mitad de las cosas básicas del periodismo. Tuve la suerte de encontrar un espíritu de colaboración increíble y un equipo muy bueno, quizás el mejor que he tenido en mi vida. Lo que yo quise es

que *El Europeo* fuese, digamos, menos una revista de mesita de sala de estar y más una revista periodística. Por ese lado lo orientamos, completamente de acuerdo, Socías, Rimblas, Serrano y yo. **Enrique Murillo** («El Europeo: historia de una revista», *El Europeo de las cuatro estaciones*, diciembre, 1994)

◆◆◆

La balsa de la Medusa (1987-2000). La principal colección de libros de lo que hoy es la editorial Antonio Machado sigue siendo *La balsa de la Medusa*. En 1987 se publicaron los primeros títulos de esa colección de ensayo, al tiempo que se iniciaba la trayectoria de una revista de frecuencia trimestral bajo el mismo rótulo. El primer director de la revista, Valeriano Bozal, fue tanto el artífice de la prestigiosa serie editorial, como el creador de la publicación periódica; y su personalidad y sus inquietudes intelectuales tuvieron una compañera elocuente en *La balsa de la Medusa* a lo largo de sus cincuenta y tantos números. En 2000 se dejó de publicar, pero diez años después aún vivió una segunda época bastante más breve que la primera. Valeriano Bozal fundó la revista, conocida como *La balsa*, a secas, con un consejo de redacción muy activo y del que formaban parte Carlos Thiebaut y Carlos Piera, las dos personalidades que le relevaron sucesivamente en la dirección. El consejo de redacción fue más estable que esta: se mantuvo el mismo a lo largo de los trece años que duró, si bien con incorporaciones nuevas, como Estrella de Diego y Juan Antonio Ramírez. Aparte de las aportaciones que la revista hizo a sus lectores y suscriptores, deben ser consideradas las que recayeron

en sus redactores como beneficiarios, muy a ponderar. Cada cita del consejo de redacción era bienvenida como un acto festivo y tomaba el cariz de un seminario en el que se hablaba y debatía de casi todo. Desde un principio, *La balsa* se identificó como oportunidad para la conversación y la reflexión en medio de un naufragio. Ese mismo ánimo se transfirió a los contenidos. Hubo alergia muy manifiesta a los números monográficos, ganas siempre de discurso interdisciplinar, cierto dominio del ensayo filosófico y un empeño en el rigor necesariamente compatible con dejes cínicos e irreverentes que preservaron su indiscutible frescura.

Javier Arnaldo

◆◆◆

El canto de la tripulación (1989-1997). Una aventura de locos, comandada por otro chalado. Pasión a raudales. Ganas de fiesta. ¡Locura! Vitaminas. ¡Alcohol! ¡Porros! ¡Estupefacientes! Diez números, algunos libros y doce vidas gastadas y consumidas en cada uno, y al final de *remare*, no la gloria, sino el naufragio. **Alberto García-Alix**

◆◆◆

El Europeo de las cuatro estaciones (1992-1996). Una aventura vital. Un par de intensos años leyendo y viendo todo lo que una generación desbordante de madrileños llevaba a la redacción, aquel salón abierto a innumerables propósitos y despropósitos, presidido por Borja Casani, capitán de las más creativas aventuras editoriales de las cuatro últimas décadas. Su editor/protector era esa vez Antonio Idzikowski, arquitecto apasionado por la prensa escrita y con las mismas ganas que nosotros

de ofrecer un producto de calidad, fuera de lo trillado, donde cupiesen la reflexión y la invención. Desplegables, recortables, pegatinas y discos blandos se codeaban con ensayos y críticas. En el explosivo despacho, los cuatro jinetes: Borja Casani, que con su parsimonia y como quien no quiere la cosa atraía a toda esa fauna y generaba la explosión. José Luis Gallero, que ponía orden al desorden, corregía, editaba y se plantaba severamente para poner fecha de cierre. Javier Utray aportaba exquisitez: un Pontiac turquesa para desplazarnos a nuestras entrevistas, una nevera llena de cava y las sugerencias más descabelladas. Y yo, que recién aterrizada en Madrid decidí hacer de esta ciudad mi residencia permanente. **Mireia Sentís**

◆◆◆

Inventario (1993-1999). *Inventario* surgió de una tertulia. Nos reuníamos una vez a la semana, por la tarde. La mantuvimos durante varios años, en los ochenta y los noventa. La formábamos un grupo de amigos relacionados con las letras, pero que no vivíamos de las letras. Los más recalcitrantes éramos Luis Alberto de Cuenca, Lorenzo Martín del Burgo, Alfonso Lucini, Lucía Carro, María Antonia Ortega, Carmen Cámara y yo mismo. A ese núcleo hay que agregar un número más o menos volátil de amigos y amigas también relacionados con las letras. Esa circunstancia explica que en *Inventario* colaborasen los autores que he mencionado, además de nuestro contertulio-corresponsal de Barcelona, V. Ferrán Martinell, y amigos que compartían con nosotros el vicio de la escritura. Yo puse especial empeño en que colaborasen elementos esenciales de

la poesía experimental de los años 1960 que habían sido amigos míos desde entonces. Entre los que aparecen en las páginas de *Inventario*, están Henri Chopin, Haroldo de Campos, Jean-François Bory, Alain Arias-Misson, Elisabeth Walter-Bense, Lily Greenham, además de Allen Ginsberg, que nos dio poemas inéditos (los últimos tal vez que escribió) y el no menos grande Ricardo Paseyro. En las páginas de *Inventario* también dejaron testimonio literario artistas que eran muy apreciados por nosotros, como Guillermo Pérez Villalta, Elena Asins, Luis Gordillo, Herminio Molero, Manolo Quejido, Pilar Insertis, Eduardo Scala, Juan Antonio Mañas y Brigitte Szenczi (autora de la bella imagen astronómica que luce la cubierta de la revista). Junto a esos nombres quiero destacar el del singular escritor Victor Canicio y, también, el homenaje que rendimos al psicólogo jungiano Luis Mataix, mecenas de las vanguardias desde su casa rural de Ibiza. Por lo que se refiere a la financiación de *Inventario*, éramos muy radicales: no aceptábamos ayudas de tipo institucional, ni se admitía la publicidad comercial. Los gastos de edición corrían exclusivamente a cargo de los que aparecían como editores. Inicialmente, éramos V. Ferrán Martinell y yo mismo. A partir del número 5, se nos unió Alfonso Lucini. En los tres últimos números (el 8 y el número doble 9-10), figuró también Vicente Llorca, si bien no se implicó en la financiación. No quiero olvidar que llamamos *Inventario* a la revista porque éramos conscientes de que con ella hacíamos, en cierto modo, inventario del siglo, incluso del milenio (*Inventario* duró desde el otoño de 1993 hasta el verano de 1999). Ese detalle se inspiraba en la

trama de la Acción Paralela de *El hombre sin atributos*, de Robert Musil. En el caso de que la revista traspasase las fronteras del siglo XXI para internarse en la *terra incognita* del XXI (cosa que no ocurrió), pensábamos que debía dejar de llamarse *Inventario*, para rebautizarse con el nombre de *Mudanzas*. Lo de *Inventario* tenía para mí algo que ver con el título que dio Paul Valéry, en los años 1920, a una preciosa revista literaria, de la que tengo algunos números: *Commerce*. Si Valéry había hecho *Commerce*, nosotros íbamos a hacer lo que de un buen comercio se espera: *Inventario*.
Ignacio Gómez de Liaño

◆◆◆

Acción paralela (1995-2000). Cuanto más *micro* sea el aparato, menos requerimientos de ingeniería para equilibrar energía de gasto y ecuación de audiencia. Desasistida de instrumentos que implementen su credibilidad por la posición de fuerza ocupada en el sistema institucional, su única potencia (como inductora de *interés público*) la extrae de su participación en el libre y público juego de las argumentaciones, de la pública exposición del pensamiento y su contraste. Ciertamente que eso determina su enorme fragilidad —y si se quiere la certidumbre de una muerte rápida tan pronto como se produce decaimiento de su tasa de interés cognitivo—, pero al mismo tiempo asegura la *tremenda pertinencia* de su existir. Actuando en un esquema de alta competencia en el que prácticamente todas las actuaciones emisoras están reforzadas —ya por posiciones de fuerza en el sistema institucional, ya por las diversas ingenierías de mercado de la audiencia apoyadas en el recurso a

lo que Bordieu llamaba “el rebajamiento de nivel”—, su posición *desasistida* es la más alta garantía imaginable del tremendo potencial de criticidad que su libre y autogestionado juego —la producción de saber, de contenidos efectivos de conocimiento crítico— puede llegar a inducir. Si lo logra, y *mientras lo logre*. **José Luis Brea** («Pequeña teoría de la independencia», Arteleku, 2002)

◆◆◆

Matador (1995-2023). *Matador* es un proyecto radical. Nacida en 1995, se presenta como un espacio abierto a la creación contemporánea; un campo de batalla donde se dirimen las ideas de nuestro tiempo. *Matador* quiere ser la revista de una generación. Un producto exquisito que se publica una sola vez al año. De la A, a la Z. El tiempo que duran nuestras vidas. **Alberto Anaut**

◆◆◆

Sileno (1996-2006). La cabecera de la revista *Sileno* (dios menor, preceptor de Dioniso, borracho y sabio) lleva como subtítulo «variaciones sobre arte y pensamiento», de modo que sus editores —Juan Barja, Félix Duque y Joaquín Gallego— aclaran, ya en el subtítulo, que se trata de una publicación de estética o filosofía del arte, y que pretende investigar y elucubrar sobre aquellos artistas y pensadores, movimientos, ciudades o conceptos que tienen influencia e importancia en el universo intelectual de sus editores. Siempre con carácter monográfico, *Sileno* ha publicado valiosos ensayos sobre poetas como Baudelaire, Hölderlin o Pasolini, sobre pensadores como Kant, Nietzsche o Heidegger, sobre

ciudades como Buenos Aires o Nueva York y sobre conceptos de la realidad cotidiana como Muñecos, La Escritura o La Casa, en los que han colaborado, por citar algunos de entre otros muchos escritores, Cacciari, Sloterdijk, Derrida, Nancy o Gamoneda. Sin una voluntad iconoclasta, *Sileno* prescinde de las imágenes visuales y, en cambio, sí establece «correspondencias» entre los textos —siempre inéditos— e imágenes verbales, tanto poéticas, como literarias o filosóficas que los ilustran. Desde el punto de vista gráfico, los ensayos y sus correspondencias y notas van compuestos siempre, en cada revista monográfica, en dos tipografías diferenciadas y complementarias. Otra característica de su diseño gráfico consiste en que cada doble página contiene toda la información básica: el nombre la revista, el título del monográfico, el título del ensayo y el nombre del autor del mismo.

Joaquín Gallego

◆◆◆

Refractor (1998-1999). *Refractor* es una aventura editorial y vital, plenamente artística, de galeotas corsarias en flotilla coordinada por el gran arráez Quico Rivas en uno de sus momentos de mayor furor creador y revolucionador que yo recuerde. En un solo año, 1998, nos embarcamos —yo le seguí entusiasmado, para mí era mi tercera Vaquería, el reencuentro con mi nueva juventud de cincuentón, recién estrenada como Ali Calabrés— en dos salones refractarios con la disculpa de una financiación imposible —siempre equivocábamos el número de cuenta bancaria para ingresar el dinero, y la gente andaba loca intentando pagar los números— y una docena de periódicos de tamaño gigante y

elaboradísima escritura, diseño, maquetación e impresión. Todos con seudónimos refractarios y misteriosos —que nadie pueda nombrarte nunca—, y un Franco Nero obsesionado con las escisiones y disidencias que si no surgían había que provocar para que aquello siguiera vivo. Desde la cárcel, un pintor astur-moldavo —el Ruso, recién desaparecido— enviaba cargas de profundidad teóricas antisistema, que más que anarquistas resultaban nacional-bolcheviques postmodernas y post-perestroikas, que impregnaron esos primeros números de 1998 y terminaron mosqueando al Capitán Araña —¡A por el todo!— hasta que el *Refractor* mutó en *La Infiltración* y entró así en el siglo XXI. Entre los lemas refractarios de mayor certeza para Ali Calabrés / Franco Nero estaba aquel de «El Estado es la obra de arte, a los pies de los servicios secretos». Una lúcida premonición que confirmaría el Snowden. **Emilio Sola**

